

tria; confiesa «que la supremacía de Atenas es un poder usurpado sobre hombres libres, que obedecen á su pesar, porque los Atenien- ses los vencen por la fuerza.» ¿Por qué, pues, mantiene este iní- eno imperio? Ea gloria del nombre ateniense va unida á él, y des- de este momento es un deber el defenderlo. Aún cuando Atenas quisiera abandonar la hegemonía, no podría hacerlo sin peligro; estaria expuesta al odio que inspira el mando: «Vuestra domina- cion, dice Pericles á los Atenien- ses, es como una tiranía; el acep- tarla parece injusto, y el abandonarla peligroso.» Las quejas de los aliados le importan poco. «El ser odiado es la suerte de todo el que manda; pero el provocar la envidia por grandes objetos es digno de una nacion generosa. El odio no alcanza más que á las generaciones presentes, y son resarcidas por el poder; en el por- venir las quejas se olvidan y sólo queda la gloria inmortal» (1). Sin embargo, las quejas de los aliados encontraron eco en Atenas; los enemigos del demagogo hicieron de ello un arma para atacar- le: «¿No tiene razon la Grecia, exclamaban, para creerse insultada y tiranizada, cuando ve las sumas depositadas por ella en el tesoro comun, y que destinaba á los gastos de las guerras nacionales, invertidas por nosotros en llenar nuestra ciudad de dorados y de adornos refinados, en sembrarla de estatuas, en construir templos de los que uno solamente ha costado mil talentos?» — «Los Ate- nienses, respondió Pericles, no necesitan dar cuenta de los tribu- tos á los aliados; no están obligados más que á una cosa, y es á contener á los Bárbaros léjos de la Grecia. Cumplen con esta obli- gacion. Si hay abundancia en el Tesoro, ¿no es justo que la emplee- mos en obras que proporcionen á nuestra ciudad un eterno renom- bre?» (2). Esto era profesar el derecho del fuerte sobre los débi- les. Así, un poder fundado sobre la fuerza, inspirado por el egois- mo: ¡hé aquí la última palabra de uno de los grandes hombres de la antigüedad!

Los Griegos no tenían ni aún el genio de la dominacion. Un historiador que vivia en una época en que su patria sufría bajo el yugo del extranjero comparó la política de los Romanos con la de

(1) THUCYD., II, 64. 63. C. III, 37.

(2) PLUTARCH., *Pericl.*, 12.

los Helenos: los primeros, dice, no exterminaban á los vencidos; trataban de atraérselos concediéndoles algunos derechos: los Grie- gos, por el contrario, cuando no podian aniquilar ó expulsar á sus enemigos, los reducian á esclavitud. *Dionisio de Halicarnaso* aña- de que se avergüenza de referir los actos de crueldad de que se hicieron culpables los Atenien- ses y los Espartanos hácia sus her- manos los Griegos: «Los Helenos, exclama, que debian elevarse por encima de los Bárbaros por la humanidad de sus sentimientos, los exceden en ferocidad» (1). La indignacion ha hecho exagerar al historiador los crímenes de sus compatriotas; pero es cierto que los Griegos usaron sin piedad de los derechos que la antigüedad reconocia en el vencedor, y que no supieron aprovecharse de sus victorias para fundar un imperio. Tenemos una prueba irrecusa- ble de esta incapacidad en la organizacion de la hegemonía ate- niense.

Atenas consideró siempre á los aliados como extranjeros; muy léjos de concebir la idea de asociarlos á sus destinos, creyó que no habia medio mejor de consolidar su dominacion que la sumision más absoluta de los vencidos. Aquellos Griegos que perdieron su autonomía fueron reducidos casi al estado de siervos; los nombres mismos que designaban su condicion recordaban la esclavitud (2): despojados de sus bienes, que eran concedidos á los Atenien- ses, convertidos en arrendadores de los nuevos propietarios, su estado no diferia gran cosa del de los ilotas y de los Penestas. Así Até- nas se mostró tan exclusiva como Esparta; el exterminio, el des- pojo ó la esclavitud de los vencidos, tales eran las bases sobre que pretendia el pueblo de Minerva fundar su imperio. En cuanto á los aliados que permanecieron independientes, no tenían otras re- laciones con la ciudad dominante que la obligacion de suministrar hombres y navíos. El ejemplo más notable del espíritu exclusivo de los Griegos y de su incapacidad para concebir una grande aso- ciacion se encuentra en las relaciones de Atenas y de Platea. Los de Platea se habian colocado por su propio impulso bajo la pro-

(1) DION. HAL., *Fragm.*, p. 2311-2313, ed. Reiske.

(2) La independencia se llamaba libertad (*λευθερία*); la dependencia, servi- dumbre (*δουλεία*).—BOECKH, *Economía política de los Atenien- ses*, t. II, p. 475.

teccion de Aténas. Sin embargo, á pesar de una larga comunidad de existencia, á pesar de las pruebas de un desinterés llevado hasta el sacrificio de la vida y de la patria, siguieron siendo extranjeros; algunos individuos únicamente fueron naturalizados, y áun sin ser enteramente asimilados á los Atenienses (1).

Este espíritu exclusivo era incompatible con el establecimiento de una dominacion extensa y duradera. Faltaba á los Helenos el espíritu de unidad. Por eso fracasaron las heguemonías que trataron de imponer á los Griegos el imperio de una república dominante; no solamente no llegaron á abrazar á la Grecia entera, sino que áun en los estrechos límites en que estaban encerrados fueron tan efímeras, que no merecerían un lugar en la historia, si la raza helénica no desempeñase un papel tan importante en el desarrollo de la humanidad. La fuerza derribaba todo lo que había fundado la violencia; una batalla perdida arruinaba las orgullosas ciudades que habían desdeñado robustecerse dando entrada á sus hermanos. Los Espartanos no se recobraron jamás de la derrota de Leuctra, en donde no perecieron más de 1.700 hombres. Los Atenienses y los Tebanos perdieron la libertad, después de una sola batalla, la de Queronea. *Dionisio de Halicarnaso* compara la conducta de los Griegos con la política romana; en la batalla de Cannas no quedaron de 6.000 caballeros más que 370, apenas 3.000 infantes de 80.000, y, sin embargo, Roma salió triunfante de la lucha (2).

Uno de los grandes oradores de Aténas, testigo de las calamidades que la heguemonía produjo para su patria y para la Grecia entera, maldijo la dominacion á que Pericles había enlazado la gloria del nombre ateniense: «La tiranía, dice *Isócrates*, es funesta no solamente á las víctimas sino á los mismos tiranos; así ha sucedido con el imperio de los mares que los Atenienses han ejercido y que en nada difería de una verdadera tiranía; después de haber oprimido á los Griegos, han sufrido á su vez el yugo del vencedor irritado; lo que consideraban como la cosa más gloriosa era, en realidad, la mayor de las desgracias» (3). Los contempo-

(1) DEMOSTH., c. *Nócr.*, § 104, p. 444.

(2) DIÓNYS. HAL., II, 17.

(3) ISOCRAT., *de Pace*, § 115, 91, 94.

ráneos de *Isócrates* debían, en efecto, ver en la heguemonía de Aténas la fuente de todos sus males; el orador patriota, que no cesaba de llamar á los Helenos á las armas contra los Bárbaros, hubiera debido reflexionar que se necesitaba una mano de hierro para imponer á las repúblicas griegas la unidad, condicion indispensable de la fuerza. Si la grande ambición de Aténas no la hubiese llevado á apoderarse del mando de los Griegos, la liga se hubiera disuelto en cuanto la victoria de Platea hubiese librado á la Grecia continental de la presencia de los Persas. ¿Se quiere la prueba? La caída de Aténas trajo consigo la servidumbre de los Griegos del Asia Menor, y á partir de este momento el oro de los Grandes Reyes empezó á influir sobre los destinos de la Grecia.

Otra censura podría dirigirse á Aténas, y es la de no haber sabido reunir toda la Grecia bajo sus banderas para lanzarla sobre el Asia; pero ninguna de las repúblicas griegas era capaz de dominar las resistencias interiores y de continuar la guerra nacional. Fué preciso que saliese del Norte una raza nueva, y que impusiese la union á los Griegos aniquilados, para que pudiese marchar el héroe macedónico á la conquista del Oriente.

Aquí se percibe el lazo que une la heguemonía de Aténas á los progresos de la humanidad. El fin providencial de la expedición de Alejandro era extender la lengua, la filosofía y las artes de la Grecia en Asia. ¿Y á qué pueblo de la Grecia debemos el beneficio de la civilizacion helénica? *Platon* dice que Aténas es respecto de la Grecia el prítaneo de la sabiduría (1), y un escritor moderno ha podido decir sin exageracion que la historia de Aténas es la del espíritu humano (2). Pero para que una pequeña ciudad de 20.000 ciudadanos iluminara al mundo antiguo y al porvenir, era menester un concurso de circunstancias felices. Las guerras médicas y la heguemonía, que fué su consecuencia, exaltaron las facultades de aquel pueblo tan ricamente dotado por la naturaleza. *Isócrates* glorifica á Aténas como «la ciudad por excelencia de la Grecia» (3),

(1) PLAT., *Protagor.*, 337, D.—PERICLES dice en TUCÍDIDES que Aténas es la institutriz de la Grecia (II, 41).

(2) BULWER, *Athens*, IV, 5, 22.

(3) ISOCRAT., *De Permutat.*, § 299: και φάσιν μόνην εἶναι ταύτην πόλιν, τὰ ἄλλα: κῶμα, και δικαίως: ἐν αὐτῇ ἄστὴ τῆ: Ἑλλάδος: προσαγορεύεσθαι.

digna de ser la señora de los Helenos y de todos los pueblos» (1). ¿Y cuáles son los títulos de la ciudad de Minerva para esta supremacía? *Isócrates* responde que lo son los templos y los magníficos edificios que llenan la ciudad. Los aliados de Atenas tenían razón en quejarse de que Pericles emplease en el embellecimiento de la ciudad dominante los tributos destinados á la defensa de la patria griega. Pero la historia, sin olvidar los sufrimientos de las generaciones pasadas, aprecia también los beneficios que de ello han resultado para el género humano. Sin su hegemonía Atenas no hubiera visto elevarse esas admirables construcciones que, según la expresión de *Plutarco*, «parecían ya antiguas apenas acabadas, y que brillan siempre con una eterna flor de juventud» (2). Los templos y las estatuas no fueron más que uno de los aspectos del movimiento prodigioso de civilización que se llama el siglo de Pericles. Esta calificación de la grande época de la literatura y de las artes es un testimonio de la posteridad en favor de Atenas y de su ilustre demagogo. Es necesario un medio favorable para cultivar la filosofía, la poesía y las artes. Sócrates, Sófocles, Fídiás, Tucídides, Platon, ¿hubieran llegado á ser modelos eternos de lo bello y de lo bueno, si hubiesen visto la luz del día en una oscura ciudad de la Grecia? (3).

§ III.—La guerra del Peloponeso.

La guerra del Peloponeso ha sido para la Grecia una época de desastres y crímenes sin cuento. Diríase que la naturaleza estaba conjurada con los hombres: los temblores de tierra más violentos de que se había oído hablar conmovieron casi regularmente el suelo; frecuentes eclipses de sol espantaron á los pueblos; grandes sequías produjeron hambres; un azote más cruel todavía, la peste, aniquiló una parte de la población (4). Pero las pasiones de los

(1) ISOCRAT., *Arcopag.*, § 66.

(2) PLUTARCH., *Pericl.*, 13.

(3) HEEREN, *Griechenland*, p. 185, 186.—MÜLLER, *Geschichte der griechischen Literatur*, t. II, p. 11.

(4) THUCYD., I, 23; II, 48 y sig.

hombres sobrepujaron á todos los trastornos del mundo físico, hasta el punto de que los escritores de las edades posteriores se avergonzaron de los excesos de sus padres. *Dionisio de Halicarnaso* censura á Tucídides el haber escogido como asunto de su historia esta funesta guerra «que jamás hubiera debido tener lugar y que al ménos se debería sepultar en el silencio y el olvido» (1). Otro historiador, enumerando los grandes hombres de la Grecia, se niega á comprender entre ellos á los Griegos que se ilustraron en la guerra del Peloponeso: más bien, dice, debería llamárseles parricidas (2).

Comprendemos estos rasgos de un patriotismo generoso que sobrevive á la existencia de la patria griega; pero los hechos no se borran de la historia, y cualesquiera que sean los sufrimientos de las generaciones contemporáneas, no hay guerra de alguna consideración que no tenga un fin providencial. La guerra del Peloponeso nos muestra á los Griegos desgarrándose á sí mismos y comprometiendo la independencia de su patria respecto de los Bárbaros. Sin embargo, la Grecia estaba llamada á influir sobre el Oriente; para llenar esta misión, debía concentrar sus fuerzas en una poderosa unidad; incapaz de encontrarla en sí misma, debió sufrirla bajo la forma de una dominación extranjera. La guerra del Peloponeso es la justificación del advenimiento de Alejandro. Cuando los pueblos gastan sus fuerzas en luchas estériles, en lugar de emplearlas en el cumplimiento de su misión, Dios les envía un amo; y gracias cuando este amo los vuelve al camino que la Providencia les señala! Vano es quejarse de la pérdida de la independencia, de la destrucción de la libertad. No deben acusar las naciones á aquel que las sujeta á un poder arbitrario; deben quejarse de sí mismas. Los pueblos que merecen ser libres no temen el despotismo, porque sabrían defender la libertad si estuviera amenazada. Bajo este punto de vista, la guerra del Peloponeso puede servir de lección aún en el siglo XIX. No hay nada, hasta las calamidades, en esta lucha espantosa, que no haya sido un instrumento de la grandeza de Alejandro. El héroe macedonio no podía em-

(1) DIONYS. HAL., *De Præcip. Hist.*, c. 3.

(2) PAUSAN., VIII, 52, 3.

plear su vida en domeñar la resistencia de las pequeñas repúblicas de la Grecia; debía hallarlas prestas á seguirle á la conquista del Asia, ó al ménos sin poder para contenerle en su carrera victoriosa. La guerra del Peloponeso destruyó las fuerzas vitales que quedaban en las ciudades griegas, y preparó así el camino á la unidad macedónica, que á su vez no fué más que una preparacion para una más vasta unidad.

Difícil sería encontrar en las hostilidades seculares de Roma contra los pueblos extranjeros escenas tan espantosas como las que tuvieron lugar en la guerra del Peloponeso entre ciudades griegas. La animosidad de los partidos beligerantes participaba del odio que las guerras civiles provocan y alimentan. Los vencedores no usaban con los vencidos ni aún aquella humanidad que se ha echado en cara á la antigüedad como un crimen (1): la servidumbre hubiera sido un beneficio para los prisioneros; generalmente se les daba la muerte. Y este tratamiento bárbaro no excitaba ni indignacion ni sorpresa. En las luchas que precedieron á la guerra, los de Corcira dieron muerte á todos sus prisioneros. Los de Corcira y los de Corinto vinieron en seguida á Atenas á solicitar la alianza de esta república; el discurso de los diputados Corintios contiene todo cuanto puede echarse en cara á los de Corcira, y no dice una palabra de los excesos de que ellos mismos se habian hecho culpables respecto á sus cautivos (2). La hacha no caía únicamente sobre los vencidos cogidos con las armas en la mano; los Lacedemonios hacian perecer á los comerciantes que cogian en el mar; poco les importaba que perteneciesen á Atenas, á sus aliados ó á ciudades neutrales. Los Atenienses usaban de crueles represalias: habiendo caido en su poder unos embajadores de Esparta, les dieron muerte sin juzgarlos, y aún sin oírlos, «por más que pidieron se les dejase hablar» (3).

Los Atenienses y los Espartanos se mostraron igualmente crueles. Sin embargo, los Peloponenses fueron los primeros que dieron el ejemplo de la violacion de los derechos más sagrados. Se acusó

(1) «La servidumbre es la misericordia pagana». LAMENNAIS.

(2) THUCYD., I, 30, 37 y sig.

(3) THUCYD., II, 67.

á los de Megara de haber dado muerte á un embajador de Atenas (1). No está evidenciado el hecho, pero la conducta de los Tebanos y de los Espartanos hácia los de Platea prueba que los Peloponenses no retrocedian ante ningun atentado. Platea habia sido el teatro de la última derrota de los Bárbaros en la Grecia continental; los vencedores reconocidos quisieron que «sus habitantes fuesen considerados como hombres santos y consagrados á los dioses; su mision debia ser el ofrecer sacrificios por la salvacion de la Grecia» (2). Estos gloriosos recuerdos no los protegieron contra la más desleal agresion. Primeramente trataron los Espartanos y los Tebanos de apoderarse de la ciudad en plena paz (3); el valor de los habitantes y el auxilio de los Atenienses los salvaron por el momento, pero la rabia de sus enemigos fué así más violenta. Platea fué tomada por capitulacion; el general espartano prometió que nadie sería condenado sin ser juzgado. No ha habido jamas una irrision más cruel de la justicia. Los jueces llegados de Lacedemonia preguntaron á los prisioneros si durante el curso de la guerra habian prestado algun servicio á Esparta; como no podian contestar que lo hubiesen hecho, se les dió muerte; nadie fué exceptuado. La ciudad fué destruida hasta en sus cimientos (4).

Los Atenienses estuvieron á punto de mancharse con un crimen tan repugnante; pero su genio, humano en el fondo, aunque se dejaba arrastrar fácilmente por la cólera, los preservó de una mancha que hubiera sido indeleble. Mitilene abandonó la alianza de Atenas para reunirse á los Espartanos. En el primer impulso de su resentimiento, los Atenienses decretaron la muerte contra todos los habitantes de Mitilene que hubiesen llegado á la edad viril; enviaron una trireme para dar aviso de esta resolucion á Paches, su general, con orden de hacerles morir sin dilacion. Este decreto que nos repugna estaba conforme con lo que se llama el derecho de gentes de los Griegos. La conducta de los Espartanos en Pla-

(1) PLUTARCH., *Pericl.*, 30.

(2) *IBID.*, *Arist.*, 21.

(3) Los Espartanos se censuraron á sí mismos más adelante aquella violacion del derecho de gentes; consideraron las desgracias que habian experimentado durante la guerra como un justo castigo por su falta (THUCYD., VII, 18).

(4) THUCYD., II, 2-5; III, 52-68.—DIODOR., II, 56.

tea fué aún más inhumana é injusta. Platea no era como Mitilene una ciudad sublevada; Esparta habia prometido justicia á los habitantes de Platea; miéntras que los de Mitilene se habian sometido á la decision del pueblo de Aténas (1). Sin embargo, desde el dia siguiente al del decreto se arrepintieron los Atenienses de su resolucio. Se deliberó nuevamente el asunto y prevaleció la opinion más humana. Inmediatamente despues del decreto se expidió una trireme. Se temia que no pudiese alcanzar á la que conducia la órden fatal y que llevaba un dia y una noche de ventaja. Los marineros mostraron tal actividad que comian y maniobraban al mismo tiempo; miéntras unos trabajaban otros dormian. Por otra parte, la primera trireme encargada de tan triste mision, navegaba lentamente; la segunda llegó cuando Paches leia el decreto (2). Sin embargo, la misericordia del pueblo no alcanzó á los de Mitilene que Paches habia enviado á Aténas; como autores principales de la sublevacion fueron muertos en número de más de mil (3).

El ódio y la venganza acallaron bien pronto entre los Atenienses la voz de la humanidad. Se lee con horror que todos los prisioneros eginetas, trasportados á Aténas, fueron condenados á muerte; esto era, dice el impasible *Tucidides*, el efecto de la antigua animosidad que los Atenienses tenian hácia este pueblo (4). Hay algo más funesto que estos excesos producidos por malas pasiones, y es la proclamacion solemne del derecho del más fuerte que los Atenienses no temieron hacer. Su conferencia con los Melienses (5) es una de las escenas más memorables del derecho de gentes de la Grecia. Es menester, dicen los Atenienses, partir de un principio universalmente admitido: «Los asuntos se rigen entre los hombres por la ley de la justicia, cuando una necesidad igual les obliga á ello; pero los que aventajan en poder hacen todo lo que pueden, y á los débiles toca el ceder.» Los Melienses confie-

(1) GROTE, t. IV, p. 341, 336, 357.—NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 75 y sig.

(2) THUCYD., III, 49.

(3) IBID., III, 36-50.

(4) IBID., IV, 57; II, 27.

(5) IBID., V, 84-116.

san que les es difícil luchar contra el poder de Aténas, pero esperan que resistiendo justamente á hombres injustos los protegerán los dioses. En su respuesta, los Atenienses hacen á los dioses cómplices de su política: «Lo que nosotros pedimos, lo que nosotros hacemos, está en armonia con la idea que los hombres tienen de los dioses. Si los dioses dominan es por una necesidad de la naturaleza, porque son los más fuertes; lo mismo sucede entre los hombres. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni somos los primeros en aplicarla: la hemos recibido formada y la transmitiremos para siempre á las edades futuras. Nosotros obraremos también ahora conforme á esta ley, en la seguridad de que vosotros mismos, y todos los demas pueblos, si tuvierais el mismo poder que nosotros, obraríais de la misma manera» (1).

Esta profesion clara del derecho del más fuerte ha indignado á *Dionisio de Halicarnaso*; apénas la comprenderia, dice, si se dirigiese á Bárbaros; la encuentra digna de piratas y bandoleros (2). Habrá, pues, calumniado *Tucidides* á los Atenienses? (3) *Dionisio* olvida que el derecho del más fuerte es la ley de la antigüedad; él mismo la recomienda al proclamar que los Romanos tienen el derecho de reinar sobre el mundo, porque son los más fuertes (4). Sin embargo, aceptamos la reprobacion del historiador griego como una protesta de la conciencia humana contra la violencia brutal. Hay todavía una protesta más eficaz contra la desoladora doctrina del derecho de la fuerza: la violencia se castiga con la violencia; el más fuerte de hoy encuentra bien pronto otro más fuerte. La justicia divina es quien se manifiesta en las desgracias de los pueblos para enseñarles que no hay más que un fundamento sólido del poder, el derecho y el deber.

En su orgullo habian declarado los Atenienses que la fuerza es

(1) THUCYD., V, 89, 105, C. VI, 85.

(2) DIONYS., *De Praecip. Hist.*, c. 39 (*Oper. Rhetor.*, p. 910, 912, ed. Reiske).

(3) GROTE (*History of Greece*, t. VII, p. 149-161) dice que *Tucidides* no ha reproducido fielmente los sentimientos de los Atenienses. Nosotros creemos que el sabio historiador se ha dejado arrastrar por su predilección hácia la ciudad de Minerva, y por su sistema sobre la moral y la política de los sofistas. Compárese más adelante, libro VII, c. 2, § IV.

(4) DION. HAL., I, 5: φύσει γὰρ δὴ νόμος ἀπασί κοινός, ἐν οὐδεὶ καταλύσει χρόνος, ἀρχὴν αἰεὶ τῶν ἡττοτέρων τοὺς κρείττονας.

la ley suprema de las relaciones internacionales; no preveían que llegaría un día en que esta terrible ley sería invocada contra ellos. La expedición de Sicilia fué la causa de su ruina. Después de la batalla de Egos-Potamos, Lisandro reunió á los aliados para deliberar sobre la suerte de los cautivos. Se les acusó de los excesos que habían cometido y de los que habían pensado cometer: el pueblo, se dice, había decretado que se cortase la mano derecha á todos los prisioneros de guerra (1). Aun se les acusó de haber arrojado al mar el cargamento de dos buques de que se habían apoderado. Se oyeron otros muchos cargos y se pronunció la pena de muerte contra todos los Atenenses (2). La ejecución de la sentencia nos ofrece una nueva prueba de que los Griegos no reconocían más principio de derecho de gentes que la fuerza. Lisandro, dice *Plutarco*, llamó á Filocles, uno de los generales de Atenas, y le preguntó á qué pena se condenaba á sí mismo por haber hecho dar un decreto de muerte contra los prisioneros griegos. «No acuses, le respondió Filocles, á hombres que no tienen jueces; cuando seas vencedor trata á los vencidos como serías tratado tú mismo si estuvieses en nuestro lugar» (3). Bien pronto Atenas cayó en poder de los enemigos. El consejo de los aliados deliberó sobre la suerte de la ciudad de Minerva. Muchos griegos eran de opinion que no debía hacerse la paz con los Atenenses, sino que se debía exterminarlos; un Tebano propuso arrasar la ciudad y convertir su territorio en campo de pasto para los rebaños. Los lacedemonios, obedeciendo al oráculo de Delfos, se opusieron á la destrucción (4). Se hizo la paz con las condiciones impuestas por Esparta: las murallas fueron destruidas y los barcos quemados al són de la flauta y entre los aplausos de los aliados que asistieron á este espectáculo con coronas de flores á la cabeza, y que celebraron este día como el primero de su libertad (5).

Áun cuando la guerra del Peloponeso cubrió la Grecia de san-

- (1) Compárese sobre este decreto lo dicho más atrás, p. 134, nota 2.
 (2) XENOPH., *Hist. Græc.*, II, 1, 30-32.—PLUTARCH., *Lysand.*, 9.
 (3) PLUTARCH., *Lysand.*, 13.
 (4) Según una tradición conservada por PLUTARCO (*Lysand.*, c. 15), la compasión de los Griegos fué despertada por el canto de Eurípides.
 (5) XENOPH., *Hist. Græc.*, II, 2, 19, 20.—PLUTARCH., *Lysand.*, 13-15.

gre y de ruinas no fué la devastación y la carnicería el mayor mal que produjo. Apenas pueden compararse las crueldades cometidas por los vencedores con las de que se hicieron culpables las facciones. La guerra del Peloponeso es como una lucha de principios entre la aristocracia y la democracia, representadas por Esparta y Atenas. Las pasiones excitadas por la licencia de la guerra llevaron la violencia de los partidos hasta el extremo. Los de Corcira dieron los primeros el ejemplo de los odios violentos que dividían á los ciudadanos de cada pueblo. Mataron á todos los acusados de querer destruir el gobierno popular. Un padre mató á su hijo. Los acogidos fueron arrancados de los asilos sagrados, otros degollados al pié de los altares, algunos perecieron emparedados en el templo de Baco. Los de Corcira fugitivos se apoderaron de algunos fuertes; se les concedió una capitulación; pero los jefes del bando popular la eludieron tendiéndoles una celada. Encerrados en un gran edificio y viendo que se les había hecho traición, los desdichados se dieron á sí mismos la muerte; sus crueles conciudadanos levantaron los tejados y acibillaron á los prisioneros á flechazos. Así es como fué aniquilada la facción aristocrática de Corcira (1).

Thucídides traza un cuadro sombrío de las crecientes disensiones que desgarraron la Grecia, y de la inaudita desmoralización que de ellas resultó. La discordia reinaba por todas partes, todas las ciudades eran presa de la sedición; las que se entregaban á ella las últimas, deseosas de distinguirse por la gloria de la invención en la atrocidad de sus venganzas, se abandonaban á los mayores excesos (2). ¿Cómo hubiera podido ser la Grecia, así desgarrada por las facciones, poderosa contra el extranjero? El furor de las guerras civiles hizo callar al honor y á los intereses de la patria griega. Por mejor decir, ya no existía la patria; ninguna ciudad pensaba más que en su provecho particular. Las aristocracias principalmente se mostraron desprovistas de todo sentimiento nacional:

- (1) THUCYD., III, 81, 85; IV, 46-48.—GROTE (*History of Greece*, t. VI, p. 380 y sig., 489) hace notar que la triste suerte de los oligarcas de Corcira no debe hacer olvidar sus crímenes. Sus tentativas revolucionarias son las que dieron principio á las sangrientas disensiones de que Corcira fué teatro.
 (2) THUCYD., III, 82, 83.

estaban siempre prontas á llamar al extranjero, siempre dispuestas á sacrificar á sus pasiones egoistas la independencia de la Grecia. Esparta dió el vergonzoso ejemplo de solicitar del Gran Rey socorros contra los Griegos; desde el principio de las hostilidades, solicitó la alianza de los Persas (1). Los Atenieses, no queriendo dejar á sus adversarios la ventaja de una alianza tan poderosa, enviaron por su parte una embajada al Asia; la muerte del rey hizo inútil este humillante paso (2). Despues de haber levantado á los Griegos contra el despotismo de Atenas, Esparta los vendió á los Bárbaros á cambio de subsidios. Los primeros tratados celebrados por sus agentes eran tan irritantes, que no se atrevió á sancionarlos: por ellos reivindicaba el rey de los Persas todas las comarcas, todas las ciudades que le habian pertenecido, á él ó á sus antecesores, y los Lacedemonios se obligaban á respetar aquellas posesiones. Parecieron estas pretensiones exorbitantes (3). Se celebró un nuevo convenio en el que se limitaba al Asia la dominacion del rey. Así los Jonios eran los sacrificados; el rey, decia el tratado, podia disponer de ellos á su voluntad. Sin embargo, tambien los Jonios habian sido llamados á la libertad por los Espartanos, y les habian ayudado con su fortuna y con su sangre á combatir á los Atenieses (4). Pero Esparta tenía necesidad de los tesoros persas para equipar sus flotas y vencer á la señora de los mares; sus orgullosos ciudadanos, que trataban á los Griegos con una insultante altivez, se hicieron los cortesanos de los Bárbaros. Se encontró un general digno de la antigua reputacion de Esparta, que tuvo vergüenza de ir á mendigar el dinero á las puertas de los sátrapas del Gran Rey. Calicratidas, reducido á la necesidad de dirigirse á Ciro y rechazado varias veces, se retiró llenando de maldiciones á los primeros que se envilecieron hasta el punto de dejarse insultar por los Bárbaros; juró emplear toda su actividad en acabar las disensiones de los Helenos é impedirles que se destruyeran con los auxilios del Rey. La muerte de-

(1) THUCYD., II, 7, 67.

(2) IBID., IV, 50.

(3) IBID., VIII, 18, 37, 43.

(4) IBID., VIII, 58, 84.

tuvo la ejecucion de sus generosos designios (1). No mostró la misma susceptibilidad Lisandro: activo con los Griegos, era bajo con los Persas (2). La aristocracia lacedemonia no miraba más que á una cosa, al triunfo de Esparta y de la oligarquía. Esta funesta política condujo al tratado de Antalcidas. Los Bárbaros llegaron á ser los árbitros de los destinos de la Grecia.

(1) PLUTARCH., *Lysand.*, c. 6.—C. XENOPH., *Hellen.*, I, 6.(2) IBID., *Lysand.*, 4.